



D. FERNANDO DE ARAGON.

PRIMERA PARTE, EN QUE SE DA CUENTA DE un particular suceso de un caballero de la ciudad de Ronda, el cual viéndose despreciado de una Señora, egecutó la mas infame venganza, por medio de un negro esclavo suyo.

Empañado en la ocasion de servir á mis amigos, he de contar un suceso, no mucho ha sucedido en la gran ciudad de Ronda, cuyos belicosos hijos le dan á la fama vuelos en hechos engrandecidos, y emulaciones sus damas á Venus en ayre y brio, agasajadas á un tiempo de Martes y de Narcisos. Crióse en esta ciudad, hermosa como el sol mismo, Elvira Romero, asombro del barrio del mercadillo, donde en la costosa feria los mercaderes mas ricos ponen sus tiendas de sedas,

platerías y oros finos. Quiero pintar de esta dama perfecciones y prodigios, su peregrina hermosura, iman y dulce atractivo de todos los corazones que arrastra con su dominio. Tiene los cabellos rubios, rayos del sol encendidos: sobre el cielo de su cara tiene dos luceros vivos, que son sus hermosos ojos, matando á cuantos han visto. En un campo de azucenas blasona un jazmin bruñido, que es su nariz, bello esmalte de todo el campo florido de las blancas azucenas de su rostro peregrino.

Su boca llena de perlas,
sus labios de coral fino:
el hoyito de su barba
naturaleza lo hizo,
al descuido con cuidado,
sepulcro de muertos vivos,
trampa cautelosa y bella
del rapaz niño Cupido.
Claro cristal su garganta,
terso marfil escogido,
que al tiempo de fabricarse
aquel hermoso edificio,
quedó la naturaleza
con pesar de haberla visto:
con sus dos manos hermosas
de papel florete fino,
manos, que en la mejor prensa
naturaleza las hizo
de la cándida materia
de los Alpes siempre frios,
nieve animada viviente,
para admiracion del siglo.
Lo gallardo de su cuerpo,
la gala, el donayre y brio,
no me atrevo à encarecer,
que dirán que es desvarío.
Rendido à tanta hermosura,
y ciego de su apetito,
el mas noble caballero,
que dentro en Ronda ha nacido,
Don Fernando de Aragon,
Guzman, Camacho y Galindo,
que goza dos mayorazgos,
en la ciudad bien querido,
sin reparar que no iguala,
enamorado y perdido
por esta divina Venus,
al padre se la ha pedido
por muger, porque su amor
le trae ya sin sentido:

que el amor todo lo iguala,
cuando es verdadero y fino,
è imposibles atropella,
por conseguir sus designios.
El padre le respondió
con grande amor y cariño:
mucho me admiro, señor,
con razon mucho me admiro,
que así ultraje su nobleza;
siendo yo un pobre mendigo,
casaros vos con mi hija,
me parece desatino.

Miradlo, señor, de espacio,
no os halleis arrepentido:
dejad en casa à mi hija,
porque siendo Dios servido,
le deparará su suerte,
que siempre al mas desvalido
prósperamente socorre;
buscad sugeto mas digno,
que os iguale en calidad,
no deis que decir al siglo.
Enojado Don Fernando;
en su cólera encendido,
le dice: cómo me niegas
en mi cara lo que pido?
Yo me he de casar con ella,
ò con este acero limpio
quitaré à los dos la vida,
pues estoy tan ofendido.
Baste, señor, no haya enojos,
mirad que soy vuestro amigo:
yo hablaré con ella à solas,
y os responderé el domingo.
Despidiéronse los dos,
en confusiones metidos,
el uno que ha de gozar
aquel ángel peregrino;
y el otro que recelaba
algun engaño atrevido.

El padre se fue à su casa,
considerando en sí mismo,
qué haria en aqueste caso,
pues teme algun precipicio.
A su hija llama á solas,
y cuenta lo sucedido.
Ay padre, cómo tan presto
mi hermosura le ha perdido!
Decidle à ese caballero,
que sus favores estimo;
mas que no me juzgo digna
de tener un tal marido:
que soy pobre, y él es noble,
que deje tal desvarío.
Esto respondió la niña
con un genio muy esquivo
al padre con grande enfado,
cuando le trató lo dicho.
Pasó la semana en fin,
vino el dia del domingo,
en que el caballero espera
el dar à su pena alivio.
Encontró al padre en la calle,
y dice: ya es tiempo, amigo,
de que sepa el parecer
de Élvira, mi àngel divino
si es mi sentencia de muerte,
ò si admite mi amor fino;
porque de pensar en ella
estoy casi sin sentido,
llamándola el corazon
con làgrimas y suspiros
y esperando su respuesta,
la semana ha sido un siglo.
Ay Elvira de mis ojos!
qué me dices, padre mio?
Padre te llamo desde hoy,
reconócame por hijo;
dueño serás de mi hacienda,
todo estará à tu servicio.

Quedó turbado el anciano,
ni quisiera haber nacido,
por no darle la respuesta,
que su hija habia dicho.
Mas turbadas las palabras,
y el rostro descolorido,
le dijo: amigo y señor,
(con cuánta pena lo digo!)
yo no he podido alcanzar
lo que vos me habeis pedido,
aunque mas se lo he rogado,
y se lo haya persuadido.
Perdonad, que yo quisiera
poder mandar su alvedrío;
mas como es hija del alma,
no hay en los padres dominio:
yo soy, señor, quien lo pierde,
y soy quien mas lo ha sentido.
Quedó helado el caballero,
y cayendo amortecido
en tierra, mas de una hora
le duró aquel parasismo,
hasta que volviendo en sí,
ha dicho: cielos divinos
ya mi sangre esclarecida,
ya mis blasones altivos,
los desprecia una villana;
todo mi honor he perdido.
Ya no puedo pasearme
delante de mis amigos,
ni donde hubiere señoras,
pues esto ha de ser sabido.
Quién me tiene de estimar,
sabiendo lo sucedido!
Mas yo tomaré venganza
que el que el honor ha perdido,
qué pierde en perder la vida!
por cierto en poco la estimo.
Corrido se fue à su casa,
entró haciendo desatipos,

tira la capa y sombrero,
arroja la espada y tiros,
maldiciendo su desgracia,
con lágrimas y suspiros,
sentado sobre una silla,
bien suspenso y pensativo,
con la mano en la mexilla,
la culpa se echa à sí mismo.
Pero un esclavo que tiene,
que lo estima como hijo,
cuando à su señor y dueño
de aquella suerte lo vido,
le preguntó, que por qué
se quejaba tan sentido?
Yo soy, dice, vuestro esclavo,
y me precio de serviros,
quisiera saber la causa
de tus quejas y suspiros,
por si puedo remediarlo;
ò si alguno te ha ofendido,
dilo, señor, que yo solo
me pondré à todo peligro:
aunque negro, soy muy blanco,
por la ley con que te sirvo,
y sabré quitar la vida
al que fuere tu enemigo.
El amo le respondió:
habrás de saber, Francisco,
que yo vivo despreciado
de un amor que he pretendido,
y de una muger tirana,
à quien ciego me he rendido,
con tan notable violencia,
que de su belleza herido,
el corazon me ha robado
la saeta de Cupido.
Pedíla en fin, à su padre,
y lo que el padre me dijo,
que lo diria à su hija,

y yo volviera el domingo.
Mas lo que me respondió,
fueron desprecios indignos,
no estimando mi nobleza,
despreciando mi cariño,
y no quiso ser mi esposa;
esta es mi pena, Francisco.
Yo te daré libertad,
si hicieres lo que te pido:
tú le has de quitar la vida
à este cruel enemigo;
solo con su muerte pague
la que tanto me ha ofendido.
Yo te lo otorgo: mas oye,
señor, un consejo mio,
que el que admite los consejos,
no da en tantos precipicios;
y aunque consejo de un negro,
en él hallarás alivio,
vengándote de esa aleve
muger, falsos cocodrilos,
que al que las sigue, desprecian,
y siguen al fugitivo.
Yo la he de matar sin sangre,
con otro modo distinto,
que tú quedes mas vengado
por un extraño camino,
que el que à hierro mata, muere
tambien con el hierro mismo.
Disponlo como quisieres
muera esa ingrata à los filos
de mi encendida venganza,
con el fuego que respiro.
Dejemos en este estado
este caso referido,
y vamos à la venganza
que tomó el negro maldito,
que en otra segunda parte
la contará otro corrido.

SEGUNDA PARTE, EN LA CUAL SE DA FIN A
*este notable suceso; y se refiere el desgraciado que tuvieron
el amo y el negro.*

Ya que en la primera parte
he dejado referido,
como en vengar à su amo
quedó el negro enfurecido:
oygan la mayor cautela,
y el mas infame delito,
que se escribe ni se cuenta,
ni hasta ahora se habrá visto.
Señor, le dice el moreno,
de tu riqueza valido,
yo tengo de enamorarla:
y si acaso la consigo,
te daré aviso, señor
de cuanto hiciere conmigo,
y avisarás la justicia,
que te sirva de testigo;
y en cogiendonos, dirás,
que tu hacienda he destruido.
Dijo el amo: si te atreves,
yo te seré agradecido,
y te daré libertad,
como te tengo ofrecido.
Sí señor, porque ella ahora
está sola en un cortijo,
y sin madre que la guarde;
la ocasion es un prodigio.
Le pidió al amo una caja,
que en ella tenia escrito
con muy primorosas letras
el nombre y el apellido
de quien es; y se la dió,
llevándosela consigo.
Aquella tarde se fue
à dar infame principio
à la maldad intentada,

porque hay negros entendidos:
y ayudado del demonio,
que fue en ello el que mas hizo,
por visitar la señora,
hácia su casa se ha ido.
Llegó, y llamando à la puerta,
así que à la dama vido,
le pidió un jarró de agua,
y se la trajo al proviso.
Con urbana cortesía
bebió el negro la que quiso,
y al punto pegó el demonio
el fuego de su incentivo
en aquella humana yesca,
frágil vidrio quebradizo.
Le preguntó por su amo;
él le respondió y le dijo:
allá en casa está, señora,
confuso, imaginativo;
no sé lo que le ha pasado,
que se derrite en suspiros.
Pero tenga él sus pesares,
que eso no habla conmigo;
tomemos un polvo ahora,
pues que lo traygo muy rico.
Sacó el moreno la caja;
la dama cuando la vido,
dijo: la caja es muy buena.
Ahi está à vuestro servicio
la caja con la persona,
que mas se inclina à serviros.
Dice la dama: eso no,
yo por tanto no lo digo
guárdala pues à tu amo;
que será mayor servicio.



Mas no me dirás por qué
tu amo está tan sentido?

Yo bien sé lo que ha pasado
con mi amo y mas contigo,
aunque yo he querido ahora
hacerme desentendido.

Yo bien sé que lo has burlado,
y algun santo te lo dijo,
porque él queria burlarte,
y à la cara le ha salido.

Toma esa caxa, señora,
que un año que anda conmigo,
y no quiero que la vea,
supuesto que no la ha visto.

Volvió à decirle: eso no,
que de ella no necesito.

Replicó el negro: señora,
no me deis ese martirio,
que aunque va de negra mano,
tiene misterio escondido.

Recibidla por ahora,
que nada en ello hay perdido;
y cuando yo soy un negro,
de la noche borron tinto,
ante el sol de tu hermosura
puedo parecer lucido.

En efecto la tomó,
es muger, y no me admiro.

Se fue el moreno à su casa,
y à su amo así le dijo:

allá tiene ya la caxa,
déjala ahora conmigo.

Dijole el amo: pues toma
ahora ese rico anillo,
y tambien treinta doblones.
y harás con ellos lo mismo.

Replicó el negro: mañana
quedarà sola conmigo,
que el padre se va esta tarde
à holgarse con otro amigo.

En fin se llegó à su casa,
y hallandola junto al quicio
de la puerta, que à cerrarla
iba, se llegó al postigo
el moreno cortesano,
y estas palabras le dijo:

está, señora, mi amo
para perder el juicio
con mucha razon por vos,
que sois bella no me admiro;

mas si yo te mereciere,
estuvieras tú conmigo
asistida y regalada,
porque soy un negro rico,
que tengo muy ricas joyas
que darte como este anillo.

Sabrás que tengo las llaves
del oro plata y del trigo,
y puedo darte un millon,
sin que sea conocido.

Yo te diera muchas galas,
muchas joyas y vestidos,
si tú me hicieras dichoso,
y dueño de tu alvedrío,
que gozára en dulces lazos
tus favores peregrinos,

pues ando con tu hermosura
loco de amor y perdido.

Qué es lo que dices traidor,
desvergonzado, atrevido!

No he estimado à tu señor,
siendo caballero y rico,
è hiciera caso de ti,
siendo un etíope indigno?

Qué mal te fuera, señora,
el emplearte conmigo?

Vete muy enoramala,
negro tizon del abismo,
lunar horroroso y fiero,
ántes que cual basilisco

la ponzoña de mis ojos
te dé el debido castigo.
No es menester que me maten,
pues ya tus ojos benignos
con dulcísimo veneno
han eclipsado los míos.
Yo estoy rendido, señora,
y con dos hierros me miro,
el primero de tu esclavo
que mas aprecio y estimo,
y el segundo de mi dueño;
mas tú eres el dueño mio.
Toma esos treinta doblones,
con aqueese hermoso anillo;
y se los echó en la falda,
porque ella nunca los quiso.
La dama mas enojada
le respondió: ya te he dicho,
que vayas enoramala,
y otras mil veces lo digo.
Qué es lo que dices, señora?
Moreno, lo dicho, dicho.
Pues venza el atrevimiento
lo que no puede el cariño.
Con un puñal en la mano
se arroja al ángel bendito,
poniendoselo en el pecho,
y de esta suerte le dijo:
ó morir ó consentir,
pues con este acero limpio
esmaltaré de tu sangre
ese pecho endurecido.
Sola estás, nadie te puede
guardar de mi poderío:
haga la infame violencia
lo que mi amor no ha podido.
Viéndose en lance tan fuerte
la bella dama le ha dicho,
por escapar con la vida,
y salir de aquel peligro,

que satisfará su amor;
mas él esperar no quiso,
y ciego haciéndole fuerza,
ajó aquel cándido armiño,
marchitó aquella azucena,
que era ya cárdeno lirio.
Fuese el negro á la mañana,
y á su amo dió el aviso,
no de la infame violencia,
si de haberla conseguido,
y que á la noche siguiente
tuviese bien prevenidos
los ministros de justicia,
para que hiciesen su oficio,
porque lo estaba esperando
la dama para lo mismo.
A las doce de la noche,
estando los dos dormidos,
fue el amo con la justicia,
y á los dos los han cogido.
Qué es de mi hacienda, traidor,
que mi casa has destruido?
á dónde están las alhajas
que me has hurtado y traído?
Desmayada aquí la dama
quedó muerta sin sentido,
y cuando en sus blancas manos
vió el caballero el anillo,
le dijo al Corregidor:
señor, este anillo es mio.
Halláronle la caxeta,
y leyendo el sobrescrito
el Corregidor, halló
el nombre y el apellido
del caballero, y entónces
tuvo por cierto lo dicho.
Hallan los treinta doblones
metidos en un bolsillo.
Aquí no hay que averiguar,
dijo el juez á los ministros,

vayan los dos à la cárcel,
que yo les daré el castigo.
Dice el amo, que al esclavo
quiere llevarlo consigo,
porque quiere castigarlo,
y en aceyte ha de freirlo.
Ella fue sola à la cárcel,
y entre cadenas y grillos
meten aquel ángel bello,
sin haberlo merecido;
y despues en otro encierro,
que es de rameras presidio,
segunda vez la encerraron
con deshonor fementido.
El amo soltó al esclavo,
y dijo habérsele huido,
porque rompió las prisiones,
y de él ya mas no ha sabido.
Mas como es justo el señor,
quiso su poder divino,
que al cabo de quince dias
de haber esto sucedido,
cayó enfermo el caballero
de un terrible tabardillo,
que le obligó à recibir
los Sacramentos precisos:
confesó todas sus culpas,
y entre ellas este delito.
El confesor le decia:
hermano, por el peligro
de estar próximo à la muerte,
le absolveré, si contrito
de veras se arrepintiere
de tan atroces delitos,
Pero ántes de que le absuelva,
ha de declarar, amigo,
la verdad de este suceso,
volviendo el honor perdido

à esa doncella agraviada;
y luego de lo florido
de su hacienda sacará
para un dote muy cumplido,
para entrarla en un convento,
el que ella hubiere elegido:
y no le condenará
el Señor en su juicio.
Hízolo así el caballero,
como el confesor le dijo:
murió, dejándola el dote,
y en un convento el mas rico
de los de Ronda la entraron
monja, siendo su padrino
el señor Corregidor,
como noble y bien nacido.
Allí Elvira de virtudes
fué el egemplo de los siglos.
Despachó el Corregidor
pesquisas por los caminos,
para que busquen el negro,
que estaba bien divertido
en Malaga, y descuidado,
y con prisiones y grillos
lo trajeron preso à Ronda,
para ponerlo en suplicio.
Lo meten en la capilla
con un padre Teatino,
y al tercer dia lo ahorcan,
poniendo por los caminos
los cuartos, para que fuesen
egemplo para atrevidos.
Y dijo el Corregidor,
que si el amo fuera vivo,
sobre un tablado enlutado
hiciera con él lo mismo.
Y el perdon pide el Poeta
à vuestras plantas rendido.

F I N.

Valencia: Imprenta de la Hija de Agustin Laborda, año de 1822.